

La Comunidad Europea se interesa en Centroamérica: ¿responsabilidad internacional o momento neocolonial?¹

Carlos Alberto Haas

Ludwig-Maximilians-Universität München

Introducción y cuestionamiento

El 28 y 29 de septiembre de 1984, en San José, la capital de Costa Rica, los diez Estados de la Comunidad Europea (CE) y los dos países candidatos, España y Portugal, entraron oficialmente en el proceso de paz centroamericano. Los cancilleres de los doce países consultaron con sus homólogos centroamericanos, así como con los cancilleres de los llamados Estados de Contadora: Panamá, México, Colombia y Venezuela. La resolución de los conflictos centroamericanos, las guerras civiles en Guatemala (desde 1960), en Nicaragua (desde la revolución sandinista en 1979) y El Salvador (desde 1980), pasó de una interrelación latinoamericana a una internacional, en el que los europeos occidentales asumieron un papel importante. La conferencia de septiembre de 1984 marcó el inicio de “Las Conferencias Ministeriales del Diálogo de San José”, que lleva el nombre del lugar donde se produjo el primer encuentro. Este diálogo continuó con otros encuentros en los años siguientes y representó un paso importante en el camino hacia el acuerdo de Esquipulas II. Sobre la base de estos, se alcanzaron acuerdos de paz formales entre las partes del conflicto en Nicaragua en 1990, en El Salvador en 1992 y en Guatemala en 1996 (Child 1992).

El contexto internacional general de la intervención de Europa Occidental en Centroamérica estuvo marcado por numerosas crisis internacionales: el derrocamiento del Sha en Persia y el establecimiento de una República Islámica en 1979, la invasión de Afganistán por la Unión Soviética el

1 Este artículo fue escrito, en gran parte, durante una estancia en la Universidad de Costa Rica en el marco del Tándem Transatlántico “Diálogos para revisar el futuro”, con el apoyo del Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados (CALAS), sede regional de Centroamérica y el Caribe.

mismo año, o la declaración del derecho de guerra en Polonia en 1981, por nombrar solo algunas (Bösch 2018). La Guerra Fría siguió siendo un marco importante de la política internacional, luego de más de 30 años del fin de la Segunda Guerra Mundial y de la ruptura de la alianza contra la Alemania nazi (Westad 2007). En este marco se inscribieron los conflictos locales de los más diversos matices, que, en principio, suelen tener poco que ver con el antagonismo Este-Oeste. El antiimperialismo y la descolonización fueron otros dos ámbitos de conflicto que adquirieron una importancia creciente en la segunda mitad del siglo xx y que se vincularon a la lógica del conflicto de la Guerra Fría (Eckel 2017). Desde la perspectiva europea, el proceso de paz centroamericano tiene un papel especial en este contexto. Fue la primera vez que los socios europeos se comprometieron conjuntamente en la política exterior en Latinoamérica al nivel ministerial.

Pero, ¿cuál era la motivación de este compromiso y cómo se puede caracterizar? ¿Fue la intervención de los europeos una consecuencia de la creciente responsabilidad internacional sobre las regiones del Sur Global? ¿O los Estados de la CE actuaron más bien por interés propio, quiere decir por temor a que se produjera una escalada de otro conflicto local, escenario que debía evitarse en el tenso ambiente de la segunda Guerra Fría? ¿Puede incluso interpretarse la intervención europea en el proceso de paz como un momento neocolonial, que acabó consolidando la asimetría entre el Norte y el Sur mediante nuevas formas de explotación (cf. Nkrumah 1965)?

El artículo no pretende hacer un análisis exhaustivo del proceso de paz. Una tarea de este tipo iría más allá del marco establecido. Se centra más bien en el momento de la entrada formal de los Estados de la CE al proceso de paz. Examina las circunstancias estructurales generales de finales de los años setenta y de la primera mitad de los ochenta que condujeron a la participación de los europeos. Cabe destacar que el análisis forma parte de una investigación más amplia que aborda las coyunturas de atención “desde afuera” sobre la región centroamericana en la segunda mitad del siglo xx. En relación con esto, hay que preguntarse qué concepciones del espacio configuraron las acciones de los actores implicados, qué lugar ocupaba Centroamérica en sus mapas mentales, qué entendían ellos realmente por Centroamérica y qué conocimiento tenían de la región. Si se analizan conjuntamente los patrones de pensamiento espacial, la imagen de sí mismo y el conocimiento, es posible sacar conclusiones más generales sobre las correspondientes visiones del mundo y las acciones derivadas de ellas. En principio, estas cuestiones pueden examinarse en una gran variedad

de ámbitos, por ejemplo, con vistas a las interdependencias (o dependencias) económicas, con respecto a la religión o en el ámbito cultural de la literatura, la música y las artes visuales. Las iniciativas de la sociedad civil, especialmente, los movimientos de solidaridad con Nicaragua y El Salvador, también podrían examinarse desde la perspectiva de la “atención” (cf. Helm 2018).

Este artículo se centra, en primer lugar, en el ámbito de la política internacional, aunque es consciente de que una perspectiva demasiado estrecha puede conducir a distorsiones ópticas. Por esta razón, se dedica una segunda sección a un área que, a primera vista, tiene poco que ver con el proceso de paz centroamericano. Se trata del contacto entre el movimiento indígena (especialmente en Guatemala) y una comunidad académica internacional. Los pueblos mayas de Guatemala se vieron especialmente afectados por la guerra civil guatemalteca. Por lo tanto, el doble enfoque es, especialmente, adecuado para poder determinar el alcance del compromiso europeo en el proceso de paz.

El artículo se divide en tres partes. Después de esta introducción, una segunda parte presenta consideraciones metodológicas sobre “la atención” como categoría analítica para una historia moderna de las Relaciones Internacionales. La tercera parte arroja luz sobre la implicación europea en Centroamérica hasta los años ochenta y la relaciona con el interés por la cultura y la historia de los pueblos mayas. Finalmente, la tercera y última sección se pregunta hasta qué punto términos como “colonial” o “neocolonial” son realmente adecuados para comprender la evolución histórica de la segunda mitad del siglo xx.

“Atención”: categoría analítica para la historia de las relaciones internacionales

En la segunda mitad del siglo xx, Centroamérica osciló entre el contraste Norte-Sur y el conflicto Este-Oeste. Además, estaba profundamente caracterizada por su diversidad étnica y cultural, desigualdad socioeconómica, dictaduras, violencia, guerras y genocidios, pero también por los esfuerzos de emancipación social y política, utopías poderosas, impulsos religiosos y nuevos resurgimientos. El grado de atención y de interés dirigido a la región desde el exterior influyó, una y otra vez, en el curso de la historia contemporánea centroamericana. Por lo tanto, es importante examinar las

coyunturas de atención “desde afuera” de Centroamérica y cómo influyeron en las relaciones internacionales de la región.

La “atención” es, en primer lugar, un elemento clave de cualquier entrelazamiento, inspirada en la psicología de la percepción, la ciencia de comunicación y la ciencia de los medios. En el mundo cada vez más interconectado del siglo xx, ante las crecientes oportunidades de los medios, la competencia por la atención se hizo cada vez más feroz (Franck 1998). La forma en que se generó la atención, y a qué objetos se dirigió, revela mucho sobre los imaginarios que los actores involucrados tenían de sí mismos y de los otros, sobre su percepción del mundo o de ciertas regiones de este, y sobre el conocimiento y desconocimiento que existe de estas regiones.

¿Qué es realmente la “atención”? Una corta mirada a la crítica especializada muestra dos aspectos diferentes. En primer lugar, la atención es el momento en que un objeto entra en la conciencia, un momento que es el resultado de un mecanismo de selección casi neurofisiológico. En consecuencia, se pone un gran énfasis en la direccionalidad corporal (“*leibliche Gerichtetheit*”). La terminología viene del fenomenólogo alemán Bernhard Waldenfels, que, a su vez, se inscribe en la tradición de Edmund Husserl (Husserl 2013; Waldenfels 2004). En segundo lugar, “atención” es la dirección consciente de la concentración en un objeto; la atención es la reacción a los estímulos del exterior, que también se envían conscientemente para atraerla. En esta lectura, la atención es sobre todo un proceso de interacción social o una práctica cuya aparición, como ha señalado el historiador del arte Jonathan Crary (1999), puede situarse históricamente. Combinando ambos enfoques, se plantean las preguntas cuándo, cómo y por qué América Central entra en la atención internacional, y cuándo no. Si entra de forma indirecta y arbitraria, o, hasta qué punto, el interés se dirigió específica y conscientemente hacia la región, posiblemente como resultado de determinadas estrategias. En principio, se pueden hacer otras consideraciones en este sentido, especialmente, en lo que respecta a la autonomía del individuo moderno en un mundo, supuestamente, cada vez más interconectado. De este modo, la cuestión de la atención se convierte en una prehistoria del presente global.

Centroamérica en la agenda internacional: una pantalla de proyección

Política internacional y las sociedades civiles

¿Cómo pasó la región centroamericana de ser tratada como periferia durante mucho tiempo al centro de la atención política internacional en la década de 1980? ¿Por qué volvió a perder esta atención?

La relación con Estados Unidos ha sido y es el punto de referencia más importante de la política exterior de la región. Una mezcla de la Doctrina Monroe, el imperialismo económico y la Guerra Fría, siguió teniendo un particular impacto hasta bien entrada la década de 1980 (Livingston 2009). Mucho menos estudiada que las relaciones con el gran vecino del Norte es la relación entre Centroamérica y Europa Occidental.

En los años sesenta y setenta, la política exterior de Europa Occidental se dirigió a Centroamérica, predominantemente, como una periferia. El mapa mental estaba determinado por la visión bipolar del mundo de la Guerra Fría, en la que Europa Occidental y Estados Unidos eran los puntos de referencia decisivos (o la Unión Soviética y los Estados del bloque oriental). Europa Occidental concedió poca importancia a la región centroamericana (como a la gran mayoría de las regiones en el Sur Global) y la dejó en manos de la potencia hegemónica. Muchas veces se observa una combinación de estereotipos racistas y de la percepción de países subdesarrollados en la política internacional. Estos imaginarios se combinaron con calificaciones más antiguas, como la “República bananera”, un término peyorativo que se remonta a principios del siglo xx. Esta actitud hizo que Centroamérica siguiera siendo solo una de las numerosas regiones de las que era mejor no ocuparse con demasiada intensidad, especialmente, cuando la lealtad general a la alianza oriental no parecía estar en duda durante la Guerra Fría.

A pesar de las atribuciones estereotipadas, es necesario examinar el asunto un poco más de cerca. Desde mediados de la década de 1960, además de los patrones simplistas de interpretación del conflicto Este-Oeste y del antagonismo Norte-Sur, surgió otro factor que ha suscitado la atención mutua entre Centroamérica y Europa Occidental. Es el de los procesos de integración que ambos espacios han experimentado, aunque con resultados muy diferentes (Sanahuja y Sotillo 1998; Bollin 2008; Patel 2018). Los procesos mismos de integración se convirtieron en objeto de atención. Incluso la integración centroamericana (de la primera fase en los años 1960)

había despertado el interés de los gobiernos de Europa Occidental y provocó un cambio en las prioridades de la política exterior. Los diplomáticos europeos vieron a Centroamérica, progresivamente, de manera más favorable como un potencial mercado, trayendo consideraciones de política económica, junto con las categorías ideológicas de la Guerra Fría. Sin embargo, las dificultades del proceso de integración también se reflejaron en la estructura de atención. Una y otra vez, el Gobierno costarricense se diferenció deliberadamente de otros Estados centroamericanos y atrajo el interés especial de los gobiernos europeos mediante una hábil diplomacia pública. Por ello, estos trataron al “faro de la democracia latinoamericana” (según el canciller alemán, Hans-Dietrich Genscher) de forma preferente hasta los años ochenta y consolidaron la posición del país en la región (Genscher 1987, 7).

Al mismo tiempo, algunos países europeos aumentaron la atención sobre Centroamérica en el transcurso de su propia integración a la CE, o, al menos, pretendieron hacerlo. El presidente del Gobierno español, Felipe González, y su ministro de Asuntos Exteriores, Fernando Morán, por ejemplo, propagaron la idea de que España tenía una relación especial con América Latina y, por tanto, también con Centroamérica, refiriéndose a una imaginada comunidad iberoamericana. Los españoles utilizaron este argumento en el período previo a la adhesión de España a la CE para ofrecerse a los futuros socios europeos como expertos en la región. Su intención era especialmente acertada, si conseguían, al mismo tiempo, hacer creíble su actitud crítica hacia Estados Unidos (Pautsch *et al.* 2016, 748-752).

En todo caso, a finales de los años setenta, estos procesos de integración estaban vinculados al clima político internacional y a una serie de destacados acontecimientos. Cabe mencionar el terremoto de Guatemala en 1976 (y, especialmente, la posterior malversación de donaciones por parte de la dictadura militar), el incendio de la embajada española en la Ciudad de Guatemala el 31 de enero de 1980 y el asesinato del arzobispo Oscar Romero en San Salvador, el 24 de marzo de 1980. Esto estuvo relacionado con el inicio de la guerra civil en El Salvador en 1980, al mismo tiempo, la guerra civil en Guatemala, que se desarrollaba allí desde 1960, adquirió proporciones genocidas. Especialmente, la exitosa Revolución Sandinista de 1979 —con la que 20 años después de la Revolución cubana se hizo realidad otro régimen socialista en el “patio trasero” de Estados Unidos— también cambió la calidad de la atención dirigida a la región desde Europa. Tanto los

acontecimientos como los procesos desarrollados en Centroamérica promovieron la atención de los europeos.

En Centroamérica, según una posible interpretación, los problemas derivados de la división Norte-Sur se condensaron en escenarios que debían ser percibidos como casi escatológicos: la pobreza y la desigualdad, las violaciones de los derechos humanos y la guerra, incluso el genocidio, marcaron la vida de la mayoría de los habitantes de la región. Pronto, los gobiernos de Europa Occidental se vieron sometidos a una presión creciente por parte de los actores de la sociedad civil, influidos por las ideas de los derechos humanos, la solidaridad internacional y la justicia global, y cada vez más por la idea de la protección del medioambiente.

Fue todo menos una coincidencia que los temas mencionados se popularizaran a finales de los años setenta y que surgiera un punto de referencia adecuado en Centroamérica. Los actores europeos, como los del Norte Global en general, han formado parte de un discurso identitario que se reconoce fundamentalmente en crisis desde los años setenta, por razones económicas y políticas. Las sociedades “desarrolladas”, en cierta medida, encontraron una salida a esta crisis en la idea de los derechos humanos de validez universal. Una región del Sur Global como Centroamérica con sus conflictos fundamentales proporcionó un escenario para esta necesidad de autoconfianza y se conectaron con antiguos imaginarios de superioridad, aunque esta conexión apenas se discutió en su momento.

Por otro lado, Centroamérica podía seguir siendo interpretada como un teatro de la Guerra Fría, una visión que algunos políticos centroamericanos supieron promover mediante hábiles redes y que también fue alimentada por la administración de Ronald Reagan. Cuando los Estados de la CE intervinieron en el proceso de paz en San José, esta interpretación acabó imponiéndose una vez más, a pesar de las afirmaciones en parte contradictorias. El ejemplo de Centroamérica también se utilizó para probar hasta qué punto podían adoptarse posiciones independientes dentro de la alianza occidental. La región estaba lo suficientemente alejada (geográficamente, pero también mentalmente) como para poder probar, con relativamente poco riesgo, el margen de acción frente a Estados Unidos. Al mismo tiempo, era fácil para los políticos individuales presentarse, sin demasiado esfuerzo, como expertos en referencia a la región, en gran parte desconocida.

Durante unos años, varias características estructurales confluyeron y Centroamérica se ofreció como un objeto de atención adecuado. Los intereses más diversos pudieron proyectarse sobre la región. Por lo tanto,

Centroamérica y el proceso de paz en la región fueron, sobre todo, una superficie de proyección para los diversos intereses europeos. Esto no significa que la región centroamericana no se haya beneficiado también de esta intervención extranjera; al fin y al cabo, a la larga, el proceso de paz condujo efectivamente a un cese de las hostilidades, aunque esto no se debió únicamente a los europeos (Kurtenbach 2008, 262-265). También está claro que los actores europeos pusieron en práctica sus ideas de paz y resolución de conflictos, convencidos de su carácter universal (Eckel 2015). Consideraban que la prosperidad económica y la integración política y económica eran la base para ello, tal y como la conocían de la historia de la Europa occidental de posguerra.

Una mirada aun superficial revela rápidamente que los conflictos en Centroamérica tuvieron causas históricamente más profundas que la Guerra Fría y se remontan al siglo XIX, incluso a la época colonial. Los conflictos alimentados por la desigualdad social y económica, y que, por tanto, tienden a girar en torno a cuestiones de clase social, se solapan y combinan con cuestiones de etnia, sobre todo en Guatemala. Los actores estatales europeos, a menudo, apenas eran conscientes de estos contextos tan complejos. En la América Central “oficial”, los pueblos indígenas estaban y están, poco o nada, integrados políticamente. Cuando los gobiernos europeos se dirigieron a los actores estatales centroamericanos, reprodujeron así estas estructuras políticas y sociales, esto quiere decir, las asimetrías de poder en la región, la exclusión y la discriminación, intencionadamente o no. Por esta razón, el siguiente paso es examinar más de cerca el interés que se ha dirigido a los pueblos indígenas desde el lado no político.

Movimiento maya y comunidad académica

En la segunda mitad del siglo XX, los conocimientos sobre los mayas del sur de México, Guatemala, Belice, El Salvador y Honduras, en particular, experimentaron un gran crecimiento. Los pueblos indígenas mayas permitieron que disciplinas académicas como la arqueología, la antropología o la lingüística se adentraran en su historia y su cultura, lo que supuso un enorme avance en el conocimiento de estas materias, por ejemplo, en relación con la escritura maya, en el ámbito de la excavación de sitios arqueológicos, el desarrollo lingüístico de las lenguas mayas modernas o la investigación etnológica de las prácticas culturales en el contexto de la cosmovisión y la

religión. Al mismo tiempo, los pueblos indígenas mayas se constituyeron en actores políticos y sociales, en oposición a la clase mestiza dominante (Cojtí Cuxil 1998; Konefal 2010). Construyeron su propia identidad, basada en una historia cultural y étnica, que remitía a un espacio alternativo (Hirschmann 2010). En este proceso, se apropiaron de los resultados de los investigadores del Norte Global, que, a su vez, solo se habían producido con el generoso apoyo de los indígenas.

En particular, el punto de referencia espacial del movimiento ganó en contorno, ya que la investigación arqueológica y lingüística reveló cada vez más la fuerza con la que la zona de asentamiento indígena estaba históricamente preformada. Las construcciones alternativas del espacio y la identidad ofrecieron a los indígenas una respuesta poderosa a problemas contemporáneos como la desigualdad social, la violencia racista, la guerra civil y el genocidio. La construcción de esa identidad Pan-Maya tenía, pues, profundas implicaciones políticas. Cuando el movimiento maya surgió en la década de 1980, como una organización más o menos institucionalizada, vinculó su programa político y social, dirigido contra la clase mestiza dominante, a esta identidad.

Los científicos externos a la región salieron de sus respectivas culturas científicas nacionales para formar una comunidad académica transnacional que se definía a través de un objeto común de investigación. El círculo relativamente pequeño de expertos altamente especializados, que dirigían toda su atención a la historia, la lengua y la cultura de los mayas, estaba comprometido con una comprensión occidental de la ciencia y sujeto a sus mecanismos de discurso y jerarquías. Al final de la década de los setenta, se produjo un cambio de paradigma en las disciplinas implicadas. Los indígenas mayas ya no se consideraban como objeto de esta investigación, sino como actores en igualdad de condiciones, cuya visión de su cultura e historia debería reconocerse en el debate. La nueva fórmula era investigar junto con los indígenas, y no solamente sobre ellos.

En su búsqueda de aliados fuera de la región, el movimiento maya se apropió del interés vivido por los investigadores. Yendo más allá de la constelación entrelazada, la pregunta que finalmente surge es si el movimiento maya no ha apostado por los aliados equivocados. Porque, a pesar de toda su politización, los investigadores lograron multiplicar la atención solo de manera selectiva y limitada. Un científico fue capaz de reflexionar, cambiar o incluso superar su autoimagen. Sin embargo, al mismo tiempo, los investigadores seguían estando marcados por estructuras que existieron durante

largos decenios, y estas estructuras demostraron tener asombrosos poderes de perduración (Fischer 1999).

Por ello, el movimiento maya no logró, o solo muy esporádicamente, emerger como actor político internacional en el contexto del proceso de paz. En las estructuras de la diplomacia y la política exterior del Estado nación (llevado a cabo por los europeos) no había lugar para el espacio alternativo y las construcciones identitarias de los pueblos indígenas. No fue hasta principios de la década de 1990 cuando un sector del movimiento maya ofreció símbolos nacionales alternativos, por ejemplo, la bandera con los cuatro colores negro, rojo, amarillo y blanco, que representan los cuatro puntos cardinales, así como los cuatro colores del maíz, o la designación *Ixim Ulew*, una palabra kaqchikel para decir el “país del maíz”, que hacía referencia al propio espacio alternativo que constituía la base de la identidad panmaya. Históricamente, esta oferta llegó demasiado tarde, y el movimiento apenas pudo atraer la atención en la escena internacional. Desde la caída del Muro de Berlín en 1989 y el fin de la Guerra Fría en Europa, el interés por la región en crisis de Centroamérica había disminuido en términos generales. Excepciones, como la concesión del Premio Nobel de la Paz a Rigoberta Menchú en 1992, no cambiaron fundamentalmente esta situación.

Si bien el aumento de conocimientos cambió la visión de las sociedades civiles de Europa (y del Norte Global) sobre Centroamérica y su población socioculturalmente diversa, ello fue un proceso lento, gradual y parcial. Por un lado, el conocimiento popularizado de los mayas se combinó con la añoranza de un modo de vida supuestamente natural y auténtico, cansado de la modernidad. En combinación con las ideas esotéricas, los indígenas también se convirtieron así en una pantalla de proyección de los deseos y necesidades de otros. Por otro lado, al menos para grupos pequeños, creció la conciencia de los derechos humanos y la protección del medioambiente, como ya fue mencionado. Al menos en parte, esta evolución también puede entenderse como una respuesta a la profunda experiencia de la crisis en las sociedades desarrolladas.

En fin, pese al enorme aumento del conocimiento que se extendió desde Centroamérica hacia el mundo, este no tuvo tanto efecto. No hubo un efectivo intercambio o avance entre las dos esferas del saber, representadas por la ciencia y la política. Por un lado, se encuentra la ciencia, donde se generaron nuevos conocimientos sobre la cultura y la historia maya, o más en general sobre los pueblos indígenas. Por otro lado, la política que, a lo sumo, hizo una referencia solo rudimentaria a estos saberes.

La Comunidad Europea en San José 1984: ¿un momento neocolonial?

Tanto el compromiso en el proceso de paz, como la investigación en igualdad de condiciones, nunca pudieron romper la asimetría entre el Norte y el Sur. Pero, ¿la participación de los europeos en la Conferencia de San José de septiembre de 1984 se puede considerar un momento neocolonial? El Bicentenario de la Independencia de Centroamérica, que se celebró en septiembre de 2021, ofrece una buena ocasión para reflexionar sobre posibles patrones de interpretación. Con esta reflexión debería concluir la presente contribución. En el contexto del aniversario, a menudo se interpretó que Centroamérica nunca había completado su independencia, y que las estructuras coloniales seguían marcando la vida de la mayoría de los habitantes de la región en el siglo XXI. Caracterizar la interacción con el Norte Global, especialmente en el ámbito de las relaciones económicas, pero también la política internacional, como “neocolonial” es bastante frecuente. Ante las experiencias de filibusterismo, intervencionismo o imperialismo económico, es muy comprensible tal etiquetado, sobre todo porque se dirige contra una imagen unidimensional, homogeneizadora y afirmativa de la historia que configuró las celebraciones oficiales del bicentenario en los distintos países centroamericanos (“Nada que celebrar”).

Sin embargo, es urgente comparar el uso inflacionario de términos como “colonial” o “neocolonial” con las respectivas realidades históricas. Precisamente, porque el estudio de patrones de pensamiento “coloniales” en Centroamérica se usa frecuentemente hoy en día, pero, a menudo, no queda claro lo que realmente se quiere decir con esto. Un problema básico aquí es que el colonialismo y el dominio colonial como fenómenos históricos son muy diversos, como muestra una mirada superficial al pasado colonial de los Estados de la CE (en la que siempre hay que tener en cuenta España y Portugal, que en la primera mitad de la década de 1980 eran candidatas a entrar a la Comunidad). Gran Bretaña, Francia, los Países Bajos, Bélgica y la República Federal de Alemania, así como España y Portugal, en cierta medida también Italia, gobernaron colonias en diferentes épocas históricas. El Reino Unido, Francia, España y Portugal dominaron imperios que se extendían por todo el mundo y durante siglos. La organización de sus regímenes coloniales fue, por lo tanto, muy diferente y sus colonias obtuvieron la independencia en momentos distintos. Mientras que España ya había “perdido” la mayoría de sus colonias en el primer tercio del siglo XIX,

la descolonización de gran parte de los imperios coloniales francés, británico y portugués no se produjo hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

Por supuesto, había una diferencia aún mayor con el pasado colonial de Italia, Bélgica o Alemania. El Imperio alemán, por ejemplo, no se convirtió en potencia colonial hasta la década de 1880 y perdió sus colonias en África y Asia en la Primera Guerra Mundial al tener que cederlas oficialmente con el Tratado de Versalles en 1919. En la década de 1980, el período colonial apenas desempeñó un papel en los debates sociales y políticos de la República Federal de Alemania, que se centraron en gran medida en el período del Tercer Reich y la Segunda Guerra Mundial. Solo recientemente el debate sobre el pasado colonial ha desempeñado un papel importante en la sociedad alemana.

Para la cuestión de las mentalidades y actitudes, en un principio, es menos importante si las ambiciones coloniales se vieron coronadas por el “éxito”. Toda política colonial se basaba en el supuesto de que existía una diferencia de desarrollo entre el colonizador (potencial) y el colonizado (Osterhammel 2021). En última instancia, el ejercicio del dominio colonial también se basaba en este supuesto, que se manifestaba en el intento de controlar el desarrollo de la sociedad colonizada (lo que, por supuesto, requería una verdadera propiedad colonial). En este sentido, el colonialismo, en sus diversas formas, fue históricamente constitutivo de las sociedades europeas, sin importar en qué medida y por cuánto tiempo dominaron colonias.

Oficialmente, los gobiernos europeos justificaron su intervención en el proceso de paz en Centroamérica con la preocupación por el equilibrio de poder internacional. Pero una mirada más atenta a las condiciones estructurales previas a esta implicación, ha mostrado algo diferente. Tanto en el campo de la política como en el de la ciencia, los actores centroamericanos solo sirvieron, en última instancia, como pantalla de proyección de los (heterogéneos) intereses europeos. Hablar de “explotación” intencionada, con el fin de asegurar o ampliar el poder, y en este sentido de un momento “neocolonial”, sería quizás exagerar el caso. No obstante, la suposición implícita de una diferencia de desarrollo entre Europa y Centroamérica es inequívoca. En el ámbito político, Centroamérica también sirvió para articular una posición europea occidental independiente dentro de la alianza occidental (aunque esto no signifique que Centroamérica fuera exclusivamente un medio de expansión del poder europeo). Además, el ejemplo centroamericano ha demostrado las fuertes fuerzas inerciales que siguieron

configurando las mentalidades y, en consecuencia, las relaciones internacionales en la década de 1980. La imagen que los europeos tenían de sí mismos y de los demás, sus mapas mentales, así como su escasa disposición a considerar nuevos conocimientos sobre una periferia, demostraron ser resistentes en gran medida. La cuestión de quién se interesaba por quién (o por quién no), y qué efectos podían tener la atención y el desinterés, puede revelar así asimetrías de poder globales que apenas cambiaron en la segunda mitad del siglo XX, a pesar de una conciencia potencialmente creciente de la contingencia.

Bibliografía

- BOLLIN, Christina. 2008. "Der zentralamerikanische Integrationsprozess". *Zentralamerika heute. Politik, Wirtschaft, Kultur*, editado por Sabine Kurtenbach *et al.*, 207-228. Frankfurt am Main: Vervuert.
- BÖSCH, Frank. 2018. *Zeitenwende 1979: Als die Welt von heute begann*. München: C. H. Beck.
- CHILD, Jack. 1992. *The Central American Peace Process 1983-1991. Sheathing Swords, Building Confidence*. Boulder: Lynne Rienner.
- COJTI CUXIL, Demetrio. 1997. *Ri Maya' moloj pa Iximulew. El movimiento Maya (en Guatemala)*. Ciudad de Guatemala: Cholsamaj.
- CRARY, Jonathan. 1999. *Suspensions of Perception. Attention, Spectacle, and Modern Culture*. Cambridge: MIT Press.
- ECKEL, Jan. 2015. *Die Ambivalenz des Guten. Menschenrechte in der internationalen Politik seit den 1940ern*. 2.^a ed. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
- . 2017. "Vielschichtiger Konflikt und transnationale Steuerung. Zur Neuinterpretation der Geschichte internationaler Politik zwischen den 1940er- und den 1990er Jahren". *Archiv für Sozialgeschichte* 57: 497-535.
- FISCHER, Edward F. 1999. "Cultural Logic and Maya Identity. Rethinking Constructivism and Essentialism". *Current Anthropology* 40(4): 473-499.
- FRANCK, Georg. 1998. *Ökonomie der Aufmerksamkeit. Ein Entwurf*. München: Carl Hanser.
- GENSCHER, Hans-Dietrich. 1987. "Vorwort". *Friede für Zentralamerika*, por Óscar Arias, 7-8. Frankfurt am Main: Vervuert.
- HELM, Christian. 2018. *Botschafter der Revolution. Das transnationale Kommunikationsnetzwerk zwischen der Frente Sandinista de Liberación Nacional und der bundesdeutschen Nicaragua-Solidarität 1977-1990*. Berlin/Boston: De Gruyter Oldenbourg.
- HIRSCHMANN, Barbara. 2010. *Del indio al maya. Identitätspolitik der Maya-Bewegung in Guatemala*. Münster: LIT.
- HUSSERL, Edmund. 2013. *Zur Phänomenologie des inneren Zeitbewußtseins*. Hamburg: Felix Meiner.
- KONEFAL, Betsy. 2010. *For Every Indio who Falls. A History of Maya Activism in Guatemala, 1960-1990*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

- KURTENBACH, Sabine. 2008. "Ende gut, alles gut? Vom Krieg zum Frieden in Zentralamerika". *Zentralamerika heute. Politik, Wirtschaft, Kultur*, editado por Sabine Kurtenbach et al., 253-278. Frankfurt am Main: Vervuert.
- LIVINGSTON, Grace. 2009. *America's Backyard. The United States and Latin America from the Monroe Doctrine to the War on Terror*. London: Zed Books.
- NKRUMAH, Kwame. 1965. *Neo-Colonialism, the Last Stage of Imperialism*. London: Panaf.
- OSTERHAMMEL, Jürgen. 2021. *Kolonialismus. Geschichte – Formen – Folgen*. 9.^a ed. München: C. H. Beck.
- PAUSCH, Ilse Dorothee, Michael PLOETZ, Mechthild LINDEMANN y Christoph Johannes FRANZEN (eds.). 2016. *Akten zur auswärtigen Politik der Bundesrepublik Deutschland 1985*. Berlin/Boston: De Gruyter Oldenbourg.
- PATEL, Kiran Klaus. 2018. *Projekt Europa. Eine kritische Geschichte*. München: C. H. Beck.
- SANAHUJA, José Antonio, y José Ángel SOTILLO (eds.). 1998. *Integración y desarrollo en Centroamérica: más allá del libre comercio*. Madrid: La Catarata.
- WALDENFELS, Bernhard. 2004. *Phänomenologie der Aufmerksamkeit*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- WESTAD, Odd Arne. 2007. *The Global Cold War. Third World Interventions and the Making of Our Times*. Cambridge: Cambridge University Press.